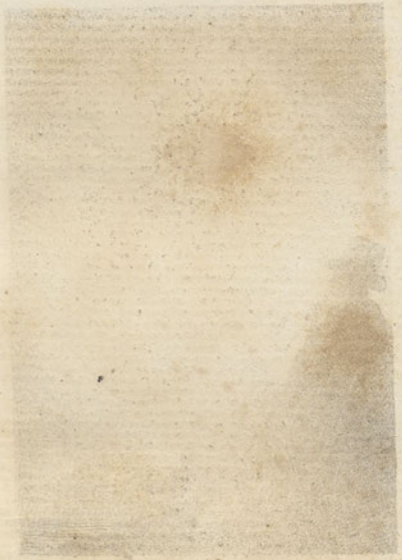
LA

CABAÑA

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

FL DRPS FA/0008
cop: 0500763340



Fran.co Lhenry le inv.t y dib.t — Franc.o Jordan le gr.t

El paria *estaba mirando con ojos de interes y ternura, ya á la una, ya al otro.*

LA CABAÑA INDIANA,

Y

EL CAFÉ DE SURATE,

CUENTOS

DE SANTIAGO BERNARDINO

HENRIQUE DE SAINT-PIERRE.

....Miseris succurrere disco.
Æneid. lib. I.

EN VALENCIA

POR JOSÉ FERRER DE ORGA Y COMP.

AÑO 1811.

Se halla de venta en la librería de los Señores Mallén, Salvá y Compañia.

EL TRADUCTOR.

Yo leia este cuento en el año de 98 á un amigo, escaso de conocimientos científicos, pero de un sano juicio; y prendado de su sencillez y moralidad, me pidió que le repitiese y dictase su traduccion, para tenerle en castellano, ya que no le era dado entender el original. Hizelo así, y en pocas horas quedó escrita, encargándome yo despues de reveerla y corregirla, para que la pusiese luego en limpio á su gusto. Un suceso fatal hizo, que á pocos dias nos separásemos arrebatadamente; y quedando olvidado en mi borrador el manuscrito, no le hube á la mano en mucho tiempo, y quando se verificó, descuidé, ó por mejor decir, estuve perezoso para remi-

tirselo. Por un raro acaso se me ha proporcionado la ocasion de darle á la prensa, y la aprovecho para ofrecérsele al público, y al mismo tiempo á mi amigo, que tan notorio derecho tiene á él, sin mas prólogo, elogios ni disculpas, que estos cortos renglones y algunas ligeras notas, que he juzgado convenientes á algunos de mis lectores para su mejor inteligencia, y van puestas al fin de este tomito.

PRÓLOGO

DEL AUTOR.

He aquí un cuento indio, que contiene mas verdades, que muchas historias. Yo le destinaba para una nueva edicion, que me propuse hacer con aumentos, de un viage á la Isla de Francia publicado en 1773. Con el motivo de hablarse en él de los indios que hay en la Isla, quise añadir una pintura de las costumbres indias, segun noticias bien interesantes que me habia procurado, texiendo un episodio que fundé sobre una anecdota histórica, á saber, la formacion de una sociedad de varios sabios ingleses, para viajar por distintas partes del globo con el fin de recoger conocimientos científicos. Pero viendo que me habia extendido demasiado, y que pareceria una cosa como postiza allí, determiné publicarle separado, como ahora lo hago.

En él me propuse tambien un fin mas útil; el de aplicar algun remedio á los males que afligen á la especie humana en la India. Mi divisa es socorrer á los infelices, y esta noble afeccion abraza en mí á todos los hombres. Si pasó en otro tiempo la filosofía de la India á Europa, ¿por qué no habrá de volver hoy de la Europa civilizada á la India, ahora ignorante y bárbara? Tal vez la sociedad de sabios ingleses, que acaba de formarse en Calcuta, disipará un dia las preocupaciones de la India, compensando con este beneficio los males que la han traido las guerras y el comercio de los europeos. Por lo que á mí toca, ya que mas no puedo, declamaré contra aquellos, procurando, para dar mayor fuerza y gracia á mis argumentos, vestirlos con los adornos de un cuento.

LA CABAÑA INDIANA,

TRADUCIDA

AL CASTELLANO

POR D. M. L. G.

Animados del noble deseo de recoger luces sobre todas las ciencias, para la ilustracion y mejor bien estar de la especie humana, se asociáron en Lóndres, ha como unos treinta años, veinte sabios ingleses con el plan de viajar por diversas partes del globo, y reunir de este modo todos los conocimientos humanos. Para sostener esta empresa, superior en mucho á los fondos de unos particulares, se formó una compañía de subscriptores de la nacion, compuesta de comerciantes, lóres, obispos, uni-

versidades, y de la familia real de Inglaterra, á que se agregáron algunos soberanos del norte. A cada sabio viagero dió la real sociedad de Lóndres en un tomo, la lista de las qüestiones que debian poner en claro, cuyo número ascendia á tres mil y quinientas; y aunque diferentes todas para cada uno, estaban entre sí tan enlazadas, que qualquiera de ellas resuelta, adquirian nuevas luces las demas: conociendo muy bien el presidente de la real sociedad, que las habia extendido, que la ilustracion de una dificultad depende á veces de la solucion de otra, y esta de una anterior.

En fin, sirviéndome de las palabras mismas de sus instrucciones, seria este el monumento enciclopédico mas acabado, mas perfecto que levantara nacion alguna á los progresos de los conoci-

mientos humanos: prueba bien clara, añadia, de la necesidad de los cuerpos académicos, para reunir las verdades derramadas por toda la tierra. Llevaba ademas cada viagero el encargo de comprar los exemplares mas antiguos de la Biblia, y los manuscritos mas raros en todos géneros, ó al ménos no perdonar diligencia alguna para procurarse buenas copias; á cuyo fin les habian dado sus subscriptores cartas de recomendacion para los cónsules, ministros y embaxadores de la Gran Bretaña que encontrasen, y lo que aun vale mas, buenas letras de cambio, endosadas por los mas acreditados cambistas de Lóndres.

El mas sabio de estos doctores, que poseia el hebreo, el árabe y el indio, fué enviado por tierra á las Indias orienta-

les, antigua cuna de las artes y las ciencias. Principió pues su viage por Holanda, y visitó sucesivamente la sinagoga de Amsterdam, y el sínodo de Dordrecht; en Francia la Sorbona y la academia de las ciencias; en Italia multitud de academias, museos, bibliotecas, entre otras el museo de Florencia, la biblioteca de San Marcos en Venecia, y la del Vaticano en Roma. Desde esta capital dudó si se dirigiria á España, á consultar á la famosa universidad de Salamanca, ántes de marchar al oriente; mas por convenirle mejor, resolvió embarcarse para la Turquía, en cuya corte le permitió un effendi, mediante una gratificacion, reconocer todos los libros de la célebre mezquita de santa Sofia. De allí pasó á conferenciar con los cophtos del Egipto, los ma-

ronitas del monte líbano y los monges del casino; de aquí marchó á Sanáa en Arabia; despues á Ispahan, Kandahar, Delhí, Agrá; y por fin al cabo de tres años de correrías, llegó á la Aténas de las Indias, Benares, en las orillas del Gánges, en donde conversó con los mas sabios de los bramas. Su coleccion de ediciones antiguas, de libros originales, manuscritos raros, extractos y anotaciones en todos géneros, ascendia á un número tan considerable, que componia noventa fardos de peso de nueve mil quinientas quarenta libras.

Estaba en ánimo de volverse ya para Lóndres con tan rica carga de luces, muy satisfecho por parecerle habia excedido las esperanzas de la real sociedad, quando se le ocurrió un pensamiento, que le contristó sobre manera.

Reflexîonó pues, que tras sus muchas conferencias con los rabinos, judíos, los ministros protestantes, los superintendentes de las iglesias anglicanas, los doctores católicos, los académicos de Paris, la Crusca, los árcades, y de otras veinte y quatro de las mas célebres de Italia, los papas griegos, los molhás turcos, los verbiests armenios, los seydras, y los cásis persas, los scheics árabes, los antiguos pársis y los pandects indios; léjos de haber ilustrado ninguna de las tres mil quinientas qüestiones, habia contribuido solo á multiplicar las dudas: y como todas estaban mútuamente enlazadas, lo insuficiente ó embrollado de una solucion destruia, ó hacia dudosa la evidencia de la otra, contra el sentir de su ilustre presidente; de forma que las

verdades mas claras se habian hecho problemáticas, y era casi imposible distinguirlas ya en este vasto laberinto de respuestas y autoridades contradictorias.

Así lo juzgaba el mismo doctor á primera vista. Entre estas qüestiones se habian de ilustrar doscientas sobre la teología de los hebreos; quatrocientas ochenta sobre la de las diversas comuniones de las iglesias griega y romana; trecientas doce sobre la antigua religion de los bramas; quinientas ocho sobre la lengua *hanscrit*, ó sagrada de la India; tres sobre el estado actual de este pueblo; doscientas once sobre el comercio de los ingleses en él; setecientas veinte y nueve sobre los antiguos monumentos de las islas de Elefanta y de Salseta en las inmediaciones de la isla de Bombay; cinco sobre la anti-

güedad del mundo; seiscientas setenta y tres sobre el orígen del ámbar gris, y sobre las propiedades de las diferentes especies de bezoardos; una sobre la causa, aun no exâminada, del curso del océano indio, que corre seis meses hácia el oriente, y seis á el occidente; y trecientas setenta y ocho sobre las fuentes y las inundaciones periódicas del Gánges. Habíasele encargado al doctor con este motivo, que recogiera en sus viages todas las observaciones que pudiese sobre las fuentes y las inundaciones del Nilo, asunto que ocupaba tantos siglos habia á los sabios de la Europa; mas él juzgó bastante exâminada ya esta materia, y extraña ademas á su mision. Sobre cada pregunta de las referidas traia apuntadas el doctor cinco soluciones diferentes, de modo

que para las tres mil quinientas qüestiones habia diez y siete mil quinientas respuestas; y suponiendo que cada uno de sus diez y nueve compañeros llevase por su parte otras tantas, se hallaria la real sociedad con trecientas cinqüenta mil dificultades que resolver, para poder establecer una sola verdad sobre fundamentos sólidos. Así todos sus inmensos trabajos, léjos de hacer convertir todas las proposiciones á un centro comun, segun las palabras de sus instrucciones, servirian mas bien para separarlas unas de otras, sin poder enlazarlas.

Ni era esta la única reflexîon que incomodaba al doctor. Veia ademas, que sin embargo de haber empleado en sus investigaciones toda la flema de su pais, y una afabilidad que le era particular; se habia hecho

enemigos implacables á la mayor parte de los doctores, con quienes habia disputado. ¿Que será pues, decia, del reposo de mis compatriotas, quando en vez de las luces que esperan, les lleve yo con mis noventa fardos nuevos motivos de dudas y disputas?

Resuelto en fin, á volver para Lóndres lleno de confusion y de tedio, supo por los bramas de Benares, que el brama supremo de la famosa pagoda de Jagrenat, situada en la costa de Orîxa á orillas del mar, cerca de uno de los desembocaderos del Gánges, seria el único que podria resolverle todas las qüestiones de la real sociedad. Era tal en efecto la fama del prodigioso saber de este doctor ó pandect, que iban á consultarle de todos los reynos de Ásia.

Partió pues el doctor ingles

para Calcuta, y se presentó al director de la compañía inglesa de la India, quien por el lustre de su nacion y la gloria de las ciencias, le dispuso para su viage á Jagrenat un brillante equipage, y comitiva á estilo del pais: á saber un *palanquin*, ó silla de manos de seda carmesí con flecos de oro; ocho indios forzudos que alternasen en su conduccion; dos para servirle de braceros; otros dos que llevasen el agua, y la garrafa para enfriarla; uno la pipa; otro el quitasol, para defenderle de sus ardientes rayos; un *masalchi* ó page de hacha, para alumbrar por la noche; un leñador; dos cocineros, y dos camellos con sus conductores, para las provisiones y bagages; dos peones que avisasen su llegada; quatro *cipayes* ó *reispustas*, montados sobre caballos persas para

escoltarle; y un portaestandarte con su bandera inglesa. En vista pues de tan pomposa comitiva, se hubiera tenido al doctor por un comisionado de la compañía de la India; pero mediaba la notable diferencia, de que en vez de ir él á recibir obsequios y presentes, tenia por el contrario que tributarlos. No siendo costumbre en la India presentarse á las personas de dignidad sin ofrecerlas algun don, le proveyó el director á costa de su nacion de un hermoso telescopio, y una alfombra de Persia para el gefe de los bramas, ricas telas de coton para su muger, y tres piezas de tafetan de la China encarnadas, blancas y pajizas para bandas á sus discípulos. Acomodados estos presentes sobre los camellos, emprendió su camino el doctor en la silla, con el libro de la real

sociedad baxo del brazo, meditando detenidamente, por qual pregunta empezaria su sesion con el célebre pandect de Jagrenat: si por una de las trecientas setenta y ocho sobre las fuentes y las inundaciones del Gánges, ó por la del curso alternativo y semianual del mar de la India, que podia servir á descubrir los manantiales y movimientos periódicos del océano por todo el globo; pero aun no habia despertado la atencion de los sabios de la Europa esta qüestion, algo mas interesante á la verdad para la física, que quantas se hicieran despues de tantos siglos acerca del nacimiento y las inundaciones del Nilo. Preferia pues preguntarle sobre la universalidad del diluvio, que tan grandes contextaciones ha excitado; ó tomando la cosa de mas alto, indagar

sí conforme á la tradicion de los sacerdotes del Egipto referida por Herodoto, ha mudado el sol repetidas veces su curso, naciendo al occidente, y poniéndose al oriente; ó sobre la época de la creacion de la tierra, á que los indios atribuyen millones de años de antigüedad. Otras veces juzgaba por mas útil consultarle sobre la mejor forma de gobierno posible para una nacion, ó sobre los derechos verdaderos del hombre, de que en ninguna parte se halla un código; mas veia con dolor que faltaban en su libro estas últimas qüestiones.

Convendria sin embargo ante todo, se decia el doctor á sí propio, preguntar al pandect indio, por que medios se debe buscar la verdad; pues que no basta para ello la razon, tan diversa en cada individuo, qual su fisonomía, como lo tengo bien experimentado: donde se la podrá hallar, visto que todos los libros hierven en contradicciones: y por último, si descubierta que sea, convendrá comunicarla á los demas, naciendo, como nacen, mil fatales desavenencias de executarlo así. He aquí tres qüestiones preliminares que no se le ocurriéron á nuestro ilustre presidente, las quales, si me las aclara el brama de Jagrenat, me servirán de llave para todas las ciencias, y lo que importa mas, viviré en paz con todos.

Así discurria para consigo el buen doctor. Al cabo de diez dias de viage llegó á las orillas del golfo de Bengala, por cuyo camino encontró multitud de gentes, que volvian de consultar al gefe de los pandects, admiradas de su maravillosa ciencia; y en

el undécimo en fin, al amanecer descubrió la famosa pagoda, situada muy cerca del mar, al qual parecia dominar por sus enormes paredes, sus galerías, sus cimborios y altas torres de mármol blanco, que se perdian en las nubes. Camináron no obstante una buena parte del dia para llegar á ella, creciendo mas y mas la admiracion del ingles á medida que se acercaban. Nueve calles de árboles siempre verdes, plantada cada una de distinta especie, á saber, ateros, palmas, cocoteros, mángles, lataneros, alcanfores, bambúes, sándalos y badameros (1), salian de ella con direccion á los nueve reynos de Ceylan, Golconda, Arabia, Persia, Thibet, China, Ava, Siam, y las islas del mar de la India. El doctor entró por la de los bambúes, que se extiende á orillas del Gánges, y de las amenas islas de su desembocadero, á tiempo que dando de lleno en las puertas de bronce de la pagoda los dorados rayos del sol, reflexaban, desvistando á quantos ponian los ojos en ellas. Al rededor habia grandes fuentes de mármol, que en lo hondo de sus aguas cristalinas retrataban sus cimborios, sus galerias y puertas, y anchurosos patios con jardines, donde están las habitaciones de los bramas que la sirven.

Adelantáronse los peones del doctor á noticiar su llegada, y al punto salió á recibirle de uno de los jardines una compañía de baylarinas jóvenes, adornadas con trenzas y guirnaldas de fragrantes flores, las quales le acompañáron hasta la puerta de la pagoda, cantando y danzando al son

de sus tambores, y quemando algunas de ellas agradables perfumes (2). Toda su nave estaba iluminada con muchas y grandes lámparas de oro y plata; y en lo postrero de ella se veia la estatua de Jagrenat, séptima encarnacion de Brama, en forma de pirámide, sin pies y sin manos, que perdiera por haber cargado con el mundo para salvarle, yaciendo postrados por el suelo varios penitentes, que prometian á voces, los unos engancharse á su carro por las espaldas el dia de su fiesta, y los otros tenderse al paso, para que rodando sobre ellos, los hiciese pedazos (3). Sin embargo de que el extraño espectáculo de estos fanáticos que lanzaban agudos gemidos, al pronunciar sus atroces votos, inspiraba un cierto terror; el doctor se disponia para entrar al instante en

la pagoda, quando un brama anciano, que guardaba la puerta, le detuvo preguntándole, que asunto le traia alli. Enterado de este, le significó, que en atencion á su estado de *frangui* ó impuro, le era forzoso, para presentarse delante de Jagrenat y su gran sacerdote, lavarse ántes tres veces en una de las pilas del templo, y no llevar puesto vestido ni otra cosa alguna, hecha de lana, cuero, ú otra qualquiera parte ó despojo de animal viviente, y con especialidad de vaca, porque la adoran los bramas, ni de puerco, pues como inmundo por la ley, le detestan. ¿Como lo haré, dixo el doctor, pues traygo de regalo al gefe de los bramas una alfombra de Persia, pelo de cabra de Angora, y telas de seda de la China? -- Todas las cosas

ofrecidas al templo de Jagrenat, ó á su gran sacerdote, le respondió el brama, quedan purificadas por el don mismo; pero no así vuestros vestidos. -- Vióse pues obligado el doctor á quitarse el sobretodo de rico paño de Inglaterra, el chaleco, los calzones, las botas y el sombrero de castor; y despues de haberle lavado tres veces el brama, púsole una túnica de coton de color de sándalo, y le conduxo á la puerta de la sala del venerable gefe. Preparábase para entrar con su libro de qüestiones baxo del brazo, quando le preguntó su introductor, de que materia estaba hecha la pasta. De becerillo, le respondió el doctor. -- ¡Como! ¿no os he prevenido, exclamó aquel fuera de sí, que la vaca era adorada por los bramas? y ¿osais presentaros delante de su gefe con

un libro forrado con la piel de un becerro? -- No se hubiera librado ciertamente el ingles de ir á purificarse en las aguas del Gánges, á no reparar este delito con algunas monedas de oro. Así pues tuvo que dexar el libro en la silla, consolándose con decirse á sí propio: al cabo solo tengo tres preguntas que hacer á este doctor indio; yo quedaré contento si me enseña, por que medios debe buscarse la verdad, donde se la hallará, y si descubierta que sea, conviene comunicarla á los demas.

Presentó en fin el anciano brama al doctor ingles, vestido con una túnica de coton, descubierta la cabeza y descalzo, al gran sacerdote de Jagrenat, que estaba en un espacioso salon, sostenido por colunas de sándalo, cuyas paredes de color verde, dadas de estuco mezclado con boñigas de vaca,

eran tan brillantes y tersas que se veia la cara en ellas, y todo su pavimento estaba cubierto con esteras finísimas de seis pies en quadro. En su testera habia un tablado, cercado de una barandilla de ébano, y sobre él se veia, por entre unas verjas de cañas indias barnizadas de encarnado, al venerable gefe de los pandects con su barba blanca, y su *dsandhem* (4) ó bandolera, segun la costumbre de los bramas, sentado sobre una alfombra pajiza, con las piernas cruzadas, y tan inmóvil, qual si fuera una estatua. Algunos de sus discípulos espantaban en rededor suyo las moscas con colas de pavo real; otros quemaban en cazoletas de plata maderas olorosas; otros tañian melodiosamente varios instrumentos; y los demas en número considerable, entre ellos los faquirs, los

jogwis y los santones, estaban puestos en filas por los dos lados de la sala, guardando un profundo silencio, con los ojos clavados en la tierra, y cruzados los brazos sobre el pecho.

Quiso llegarse el doctor al gefe de los pandects para cumplimentarle; mas detúvole su introductor á nueve esteras por baxo de la gradería, diciéndole, no pasaban de allí aun los omráhs ó grandes señores indios; que los rajáhs ó soberanos de la India se adelantaban solo hasta seis esteras; los príncipes, hijos del Mogol, á tres; y únicamente á este se le concedia el honor de acercarse hasta el venerable gefe, para besarle los pies.

No usáron de esta ceremonia con los presentes que le llevaba el doctor, y habian quedado á la entrada de la sala. Unos bramas

conduxéron hasta el mismo pie del tablado el telescopio, los cotones, las piezas de seda y la alfombra; y habiendo pasado la vista por ello el gran pandect, sin dar la menor señal de aprobacion, lo retiráron adentro.

Iba á pronunciar el doctor ingles un estudiado discurso en lengua india, quando le previno su introductor, que debia esperar á que le preguntase el gran sacerdote, haciéndole entre tanto sentar sobre los talones, con las piernas cruzadas, segun la costumbre del pais. Maldecia el buen ingles para consigo de tantas formalidades; pero ¿que no debe sufrirse, para averiguar la verdad, despues de haberla ido á buscar hasta en la India?

Cesó luego la música, y despues de algunos momentos de un profundo silencio, le preguntó el

gefe de los pandects, *á que habia venido á Jagrenat.*

Sin embargo de haber este hablado en idioma indio, y en voz bastante alta para ser percibido de la mayor parte de la asamblea, su palabra fué repetida por un faquir, que se la repitió á otro, y este á un tercero, que se la comunicó al doctor. Respondió este en la misma lengua: que movido de la grande reputacion y saber del gefe de los bramas, habia venido á Jagrenat á consultarle, *por que medios se podria hallar la verdad.*

La respuesta del doctor fué comunicada al gran pandect por los mismos que repitiéron la pregunta, y otro tanto sucedió con lo restante del discurso.

Despues de unos breves instantes de un profundo recogimiento, le respondió el gran sacer-

dote: *solo puede saberse la verdad por medio de los bramas.* Hizo entónces un acatamiento toda la asamblea, admirando la sabia respuesta de su gefe.

¿*Donde debe buscarse la verdad*? replicó con viveza el doctor ingles. *Toda verdad*, respondió el supremo doctor indio, *se contiene en los quatro beths, escritos ciento veinte mil años ha en la lengua hanscrit, cuyo conocimiento está reservado únicamente á los bramas.* A estas palabras resonáron los aplausos por todo el salon.

Volviendo á recobrar el ingles su serenidad, replicó al gran pandect: si Dios ha depositado la verdad en libros, cuya inteligencia está reservada á solos los bramas, ha querido sin duda ocultársela á la mayor parte de los hombres, que ignoran hasta

la exîstencia de estos bramas: y ¿que será en este caso de su justicia y su bondad?

Brama lo ha querido así, y nada debe oponerse á su poderosa voluntad, dixo el gran sacerdote: y luego se redobláron las aclamaciones de la asamblea. Despues que cesáron, propuso el ingles su tercera pregunta: ¿*se debe comunicar á los hombres la verdad*?

Por lo regular, respondió el gran pandect, *es prudencia ocultarla á todos; pero es un deber manifestarla á los bramas.*

¡Como! exclamó entónces fuera de sí el doctor ingles: ¡conque debe decirse la verdad á los bramas, que no la comunican á nadie! En verdad que son bien injustos los bramas.

Levantóse á estas palabras un grande alboroto en toda la asam-

blea, que habiendo oido en silencio tachar á Dios de injusticia, no pudo llevar en paciencia verse comprendida en este reproche. Los pandects, los faquirs, los santones, los jogwis, los bramas y sus discípulos, querian todos argüir á un mismo tiempo con el ingles; pero hizo cesar la gritería el gran pandect, dando palmadas, y prorumpiendo en muy alta voz: *los bramas no disputan como los doctores de la Europa.* En esto se levantó, retirándose con grandes aclamaciones de todo el concurso, que al mismo tiempo murmuraba altamente contra el doctor, el qual hubiera tenido tal vez que sentir, á no ser por los respetos de los ingleses, que son muy temidos en todas las costas del Gánges. Al salir el doctor ingles del salon, le dixo su introductor: nuestro muy

venerable gefe os hubiera hecho presentar, segun costumbre, el betel (5) y los aromas; pero le habeis enojado sobre manera. -- Mas bien deberia ser yo el quexoso, replicó el doctor, por haberme cansado en venir aquí tan inútilmente. ¿Por que ha de haberse enfadado vuestro gefe? -- Porque habeis querido disputar con él, dixo el brama, olvidándoos de que es el oráculo de la India, y cada palabra de las suyas un rayo de sabiduría. Jamas dudaré yo de ello, repuso el doctor, tomando sus vestidos, las botas y el sombrero. -- Habíase revuelto durante este breve rato el tiempo, y estando ya cercana la noche, quiso pasarla en una de las habitaciones de la pagoda, lo qual se le negó, porque era *frangui.* Lleno de sed, y para templar su acaloramiento, pidió le diesen

agua; y á su misma presencia rompiéron el jarron en que la bebiera, pues solo por esto quedába impuro, y no les era lícito servirse de él. Mas irritado con esta nueva escena, llamó á sus gentes, que estaban en oracion postradas en las escaleras de la pagoda; y tomando al momento la silla, púsose en camino por la calle de los bambúes, á orillas del mar, encima ya casi la noche, y cubierto todo el cielo de negras nubes. ¡Quan cierto es, decia para consigo, el proverbio indio: Todo europeo que va á la India, adquiere paciencia si no la tiene, y la pierde si la tiene! Ciertamente yo he perdido la mia. ¡Ah! ¿No me será dado saber, por que medios ha de buscarse la verdad, donde se la podrá hallar, y si ha de comunicarse despues á los de-

mas? El hombre está condenado por toda la tierra al error y las disputas: y ¿para esto me he tomado el trabajo de venir á la India, á consultar á los bramas?

Miéntras que caminaba nuestro doctor embebecido en estas reflexîones, se levantó un huracan, que los indios llaman *tifon*. Soplaba el ayre del lado del mar, y haciendo retroceder las aguas del Gánges, estrellaba sus espumosas olas contra las islas de su desembocadero, levantando de sus riberas colunas de arena, y nubes de hojas de las florestas, y lanzándolas revueltas hasta lo mas alto de los ayres. Á veces se entraba por la calle de los bambúes, y á pesar de su elevacion aun sobre los mayores árboles, los blandia qual delgadas cañas; distinguiéndose por entre los remo-

linos de polvo y hojas su violenta ráfaga, formando ondas que de un lado se precipitaban y corrian por el suelo, y de otro subian zumbando por el ayre. Aterrados con esto el doctor y su comitiva, y temiendo ser tal vez víctimas de las aguas del Gánges, que ya tomaban las riberas, se encamináron á la ventura hácia los collados inmediatos. Cogióles la noche, y cerrándose mas y mas en densas tinieblas, andaban tres horas habia, sin saber por donde, quando un terrible relámpago hendiendo las nubes, é iluminando todo el horizonte, les dió á ver ya á lo léjos hácia la derecha, la pagoda de Jagrenat, las islas del Gánges, la mar embravecida, y en frente á muy poca distancia, un valle pequeño y un bosque entre dos colinas. Apretáron entónces el paso, y ya re-

tumbaba el pavoroso trueno, quando llegáron á la entrada del vallecito, cercado de rocas, y poblado de crecidos árboles de extraordinaria corpulencia, cuyas frondosas copas doblaba el huracan con espantosos zumbidos. No obstante, sus gruesos troncos y la peña que los rodeaba, hacian al parecer de esta floresta antigua el asilo del reposo, impidiendo su entrada un muro de follage, formado de cañas y lianas (6), entretexidas y enlazadas con los árboles, cuyas ramas figuraban á trechos varias cuevas. Abriéronse paso con sus sables los reispustas, y entráron con la silla todos los indios de la comitiva, creyendo hallarse allí al abrigo del huracan; quando á breve rato se viéron metidos entre crecidos torrentes, formados por las aguas, que corrian de aquellas alturas y

contornos. En medio de este conflicto acertáron á descubrir baxo de los árboles, en lo mas estrecho del pabellon, una luz dentro de una cabaña; y corriendo á ella el masalchi á encender una hacha, volvió presuroso y sin aliento, gritando: no os llegueis allí, que hay un *paria*. Admirados lòs de la comitiva exclamáron al punto: ¡un paria! ¡un paria! Tomando el doctor este nombre por el de algun animal feroz, echó mano á las pistolas, preguntando cuidadoso á su portahacha, que cosa era un paria. Este le respondió: un hombre sin fe ni ley. Es, añadió el gefe de los reispustas, un indio de casta tan infame, que puede matarle qualquiera, á quien se haya llegado. Si ponemos el pie en su habitacion, no nos es permitido en nueve lunas entrar en ninguna pa-

goda; y para purificarnos, será forzoso que nos bañemos nueve veces en el Gánges, y nos hagamos lavar otras tantas con orin de vaca, desde la cabeza á los pies, por la mano de un brama. Gritáron entónces todos los indios: en ningun modo entrarémos en la habitacion de un paria. Y ¿como supiste, dixo el doctor al masalchi, que tu compatriota era paria? -- Porque quando me asomé á la cabaña, respondió, le ví echado con su muger y un perro sobre una estera, alargándola de beber en un cuerno de vaca. -- Todos ellos gritáron de nuevo: no, no hay que pensar entremos en la cabaña de un paria. -- Pues bien, quedaos aquí si quereis, les replicó el ingles, porque para mí me son en verdad iguales todas las castas de la India, para ponerme en sus habi-

taciones al abrigo de la lluvia.

Descendió de la silla al decir estas palabras, y tomando baxo del brazo el libro de preguntas, el saco de su ropa de dormir y las pistolas, se llegó solo con la pipa en la mano hácia la cabaña. Al primer golpe abrió su puerta un hombre de una fisonomía bondadosa, que con muestras de respeto le dixo: señor, yo soy un miserable paria, que no merezco recibiros en mi pobre choza; mas si en ella gustaseis poneros á cubierto de la lluvia, lo tendré á mucho honor. -- Sí: acepto muy gustoso vuestra hospitalidad, hermano mio, y os doy por ella muchas y cordiales gracias. -- Cargó despues el paria con un haz de leña seca; y tomando un canasto lleno de cocos y bananas (7) con la una mano, y con la otra una tea, salió en busca

de los indios de la comitiva, que halló acomodados baxo de un árbol, y sin llegarse á ellos, les dixo: ya que no os es dado entrar en mi choza, aquí teneis frutas encerradas en sus cáscaras, que podeis comer sin haceros impuros, pues que mis manos no las han tocado, y lumbre para preservaros de los tigres. Dios os guarde. -- Volvióse tras esto á su cabaña y dixo al doctor: ya os he manifestado que soy un miserable paria; mas como por vuestro color blanco y vuestros vestidos, conozco que no sois indio, espero que no rehusaréis los manjares que voy á presentaros. -- Puso entónces en el suelo sobre una estera sazonadas y sabrosas frutas de los árboles de su huertecito, y un puchero de arroz compuesto con azucar y leche de coco, y se fué á sentar á su es-

tera con su muger y su hijo, que dormia allí junto en una cuna. ¡Hombre virtuoso, exclamó el ingles, harto mejor que yo, pues que haces el bien á los que te menosprecian y oprimen! ven á sentarte aquí á mi lado, porque sino juzgaré me tienes por un perverso, y saldré al punto de esta cabaña, aunque me cale todo la lluvia, ó me devoren los tigres.

Tuvo pues el paria que hacerlo así, y acompañar á su huesped á cenar. Gozábase este en contemplarse al abrigo de tan furiosa tempestad en aquella segura cabaña, construida en lo mas estrecho del vallecito, baxo un árbol de war ó higuera de banianos (8), cuyas ramas, que se doblan y baxan hasta el suelo, brotando copiosas raices y prendiendo fuertemente, formaban otros tan-

tos arcos que servian de firmeza y apoyo al tronco principal. Su follage era tan espeso, que no dexaba penetrar una gota de agua, ni el menor soplo de ayre, ardiendo sin oscilar la luz, y subiendo derecho el humo del fogon, á pesar de lo recio del huracan y sus espantosos truenos y relámpagos. Admiraba despues el doctor la tranquilidad del indio y su muger, la qual meciendo con el pie la cuna en que dormia su hijo, negro y reluciente como el ébano, se entretenia en hacerle un collar con guisantes de angola encarnados y negros (9); miéntras que *el paria estaba mirando con ojos de interes y ternura, ya á la una, ya al otro.* En suma, hasta el perro parecia tener su parte en la felicidad comun, y echado con un gato junto á la lumbre, abria de tiempo en

tiempo los ojos, y miraba á sus amos, dando blandos ahullidos.

Luego que acabó de cenar el ingles, le alargó el paria una asqua para encender la pipa, y encendiendo él tambien la suya, hizo una seña á su muger, para que pusiese sobre la estera una gran calabaza y dos tazas de coco llenas de ponche, que habia preparado ella, en tanto que cenaban, con agua, arrack (10), zumo de limon y xugo de cañas de azúcar.

Miéntras fumaban y bebian, dixo el doctor al indio: creo que eres un hombre de los mas felices que he visto, y por lo mismo uno de los mas sabios: así que me alegraria en verdad de hacerte algunas preguntas. Dime: ¿como estás tan sereno con este furioso huracan, y sin mas abrigo contra él que estos árboles,

que léjos de defender de los rayos, los atraen? -- No se sabe que cayera ningun rayo sobre un árbol de war, respondió el paria. ¡Cosa notable! replicó el doctor: sin duda porque estará dotado de una electricidad negativa, como el laurel. Yo no os comprendo, repuso el paria. Mi muger lo atribuye, á que el Dios Brama se acogió un dia á su sombra; mas yo pienso, que pues crió Dios en estos borrascosos climas banianos tan crecidos y frondosos, que puedan refugiarse los hombres baxo sus arcos en las tempestades, quiso que al mismo tiempo les librasen de los rayos. Tu respnesta es muy religiosa, respondió el doctor; y es cierto que tu confianza en Dios te infunde esa serenidad, porque la conciencia tranquiliza mas que la ciencia. Yo deseara saber de que casta

eres, pues extraño que ningun indio quiere comunicar contigo; ni encuentro ademas en la lista de las castas doctas, á quienes, me dixéron, debia consultar, la que nombras de los parias. ¿En que canton de la India está tu pagoda? En todas partes, contestó el paria. Mi pagoda es la naturaleza, á cuyo supremo autor adoro al nacer el sol, y bendigo al ponerse. Amaestrado por la infelicidad, nunca rehuso mis socorros á otro mas miserable que yo: procuro hacer felices á mi muger, á mi hijo, y hasta al gato y al perro que me acompañan; esperando la muerte al fin de mi vida como un dulce sueño al anochecer. ¿En que libro aprendiste estos principios? le preguntó el doctor. En la naturaleza, respondió el indio, pues no conozco otro. Gran libro es ese por cier-

to, repuso el ingles; ¿mas quien te enseñó á leerle? La infelicidad, prosiguió el paria. Siendo de una casta reputada por infame en mi pais, y no pudiendo ser indio, me he hecho hombre, acogiéndome á Dios y á la naturaleza, ya que la sociedad me arrojaba injusta de su seno. Y ¿conservas en tu soledad algunos libros, le replicó el doctor? Ninguno, contestó el paria, porque ni aun sé leer. Muchas dudas te has ahorrado con ello, dixo el doctor, estregándose la frente. Yo he salido de Inglaterra, mi patria, encargado de buscar la verdad entre los sabios de muchos paises, con el fin de ilustrar á los hombres, y hacerlos en lo que cabe felices; pero despues de muchas investigaciones superfluas y largas disputas, he concluido, que es locura el buscar la verdad,

porque aun despues de haberla hallado, no se acertaria á quienes comunicarla, sin adquirir enemigos. Con sinceridad, ¿no piensas tú del mismo modo? Aunque yo soy un ignorante, respondió el paria, ya que exîgis diga mi parecer, juzgo que está obligado todo hombre á buscar la verdad por su propio bien; pues que si no, será avaro, ambicioso, cruel, supersticioso y aun antropófago, segun las preocupaciones ó intereses de los que le hubieren educado.

El doctor, que nunca perdia de vista las tres qüestiones que propuso al gefe de los pandects, se admiró de la respuesta del paria. Ya que crees, le repuso, que debe todo hombre buscar la verdad, quisiera me dixeses ante todo, que medios deben emplearse para dar con ella, pues que nues-

tros sentidos nos engañan, y nos alucina con freqüencia la razon. Esta es muy variable, y tan diversa ademas en cada hombre, que me parece que bien analizada, no viene á ser otra cosa que su interes particular; dimanando de aquí, el que sea tan general su diferencia, que no se encontrarán dos imperios, dos naciones, dos tríbus, dos familias, ¿que digo? ni dos hombres, que piensen en un todo de una misma manera. ¿Con que sentido pues buscarémos la verdad, si el del entendimiento no nos es bastante? Yo juzgo, respondió el paria, que debe buscarse la verdad con un corazon sencillo. Podrán los sentidos y el entendimiento padecer engaño; pero un corazon sencillo, aunque está sujeto al error, nunca engaña.

Tu respuesta es profunda, di-

xo el doctor: la verdad en efecto debe buscarse con el corazon, y no con el entendimiento. Todos los hombres sienten de un mismo modo, y raciocinan de otro muy diverso; porque los principios de la verdad están en la naturaleza, y las conseqüencias que deducen, en sus intereses. Con un corazon sencillo debe buscarse la verdad, porque nunca aparenta este entender lo que no entiende, ni creer lo que no cree: así es que ni contribuye para engañarse él á sí propio, ni para engañar despues á los otros; y léjos de ser débil, como los corazones de los que están seducidos por sus intereses, es fuerte y tal como conviene, para buscar la verdad y para reservarla. -- Habeis desenvuelto mi idea mucho mejor que yo lo podia hacer, repuso el paria. Es la verdad como el ro-

cío del cielo, que debe recogerse en un vaso limpio, para conservarle en toda su pureza.

Haslo dicho muy bien, prosiguió el ingles; pero falta lo mas difícil. ¿Donde debe buscarse la verdad? La sencillez de nuestro corazon depende de nosotros, en tanto que la verdad depende de los otros hombres: ¿donde pues la hallarémos, seducidos, como lo están los que nos rodean, por sus preocupaciones, ó corrompidos por sus intereses? Yo he viajado por muchos paises, he revuelto sus bibliotecas, y consultado sus doctores; mas sin haber hallado al cabo por todas partes otra cosa que contradicciones, dudas y opiniones, mil veces mas diversas que sus idiomas. Luego ¿adonde nos dirigirémos para hallarla, si no está en los mas fieles depósitos de los conocimientos hu-

manos? ¿á que servirá tener un corazon sencillo para vivir entre hombres, dotados de un entendimiento alucinado, y de un corazon corrompido? -- Yo no confiaria mucho en la verdad, que me viniese de mano de los hombres, respondió el paria; pues que no en ellos debe buscarse, sino en la naturaleza, que es la fuente de todo quanto exîste, y su lenguage no qual el de aquellos, mudable y obscuro. Los libros los componen los hombres, y la naturaleza hace las cosas: así que tomar por fundamento de la verdad un libro, es como tomar una pintura ó una estatua, cuyo interes varía segun las edades y paises. Todo libro es obra de los hombres, en vez que la naturaleza lo es de todo un Dios.

Sí, dices muy bien, contestó el doctor. La naturaleza es la fuen-

te de las verdades naturales; mas ¿donde, á no ser en los libros, se hallarán las históricas? Y ¿como cerciorarse por ellos de la verdad de un hecho, acaecido dos mil años ha? ¿Tan exêntos de preocupaciones, tan agenos del espíritu de partido, de tan sencillo corazon eran los que nos las han transmitido? Los mismos libros que nos las conservan, ¿no necesitan de copiantes, de impresores, comentadores y traductores, que desfiguran todos mas ó ménos, ya de propósito, ya inocentemente la verdad? Todo libro, como dixiste con acierto, es obra de un hombre: luego ¿habrémos de renunciar á toda verdad histórica, porque nos la comunican los hombres sujetos al error? -- Y ¿que falta nos hace para ser felices, replicó el indio, la relacion de las cosas que han pasado? La

historia de lo presente es la historia de lo pasado y venidero.

Muy bien, dixo el ingles; mas ¿como se hallarán en la naturaleza las verdades morales, tan necesarias á la felicidad del género humano? Los animales se hacen la guerra, se matan, se devoran; los mismos elementos combaten entre sí; y ¿obrará el hombre de diverso modo? Es verdad que no, respondió el buen paria; pero hallará cada uno la regla de su conducta en su propio corazon, si le tiene sencillo, pues que en él ha grabado naturaleza este precepto: *no hagais con los demas lo que no quereis que hagan con vosotros.* Así es, repuso el doctor; y de ese modo estableciera sabiamente sobre nuestro mismo interes particular los de todo el género humano.

Pero ¿como se descubrirán las

verdades religiosas, entre tantas tradiciones y cultos que dividen las naciones? En la misma naturaleza, contestó el paria. Si la consideramos con un corazon sencillo, hallarémos en todas sus obras los vestigios de un Dios poderoso, sabio y bueno; y como nosotros somos débiles, ignorantes y miserables, ved aquí lo bastante para conocer, que estamos obligados á adorarle, suplicarle y amarle de todo nuestro corazon.

Y ¿deberá comunicarse á los demas, prosiguió el ingles, la verdad que se ha descubierto? De hacerlo así, es irremediable el ser víctima de una multitud de gentes, que viven del engaño, preconizándole y defendiéndole qual la misma verdad, y condenando, como un dañoso error, quanto se opone á él. Solo deberá comunicarse la verdad, di-

xo el paria, á los hombres de un corazon sencillo, esto es, á los hombres de bien que la buscan, mas no á los malvados que la desprecian. Es la verdad una perla fina, y el malvado un cocodrilo, que no puede colocarla en sus orejas, porque no las tiene: así pues, si tirais una perla á un cocodrilo, en vez de engalanarse con ella, la querrá devorar, se romperá los dientes, y volverá entónces su furor contra vos.

Segun todo lo dicho, instó el ingles, se infiere al parecer, que está condenado el hombre al error, sin poder llegar nunca á descubrir la verdad, aunque tan necesaria para su bien estar. Porque si el fruto de los trabajos que se toman para instruirle, ha de ser la persecucion, ¿que sabio se atreverá á emprender este

difícil encargo? La infelicidad, respondió el paria, que persigue á los hombres para enseñarles la verdad. -- ¡Ah! y como te engañas en eso, hombre de la naturaleza, le dixo el ingles. La infelicidad arrastra á los hombres á la supersticion, y degrada su corazon y su espíritu. Quanto mas miserables son, mas viles, mas crédulos, mas aduladores se hacen. Eso proviene, replicó el paria, de que no son bastante infelices. La infelicidad se parece á la montaña negra de Bember en los confines del abrasado reyno de Lahor: quando la subis, solo veis por delante peñascos estériles; pero luego que estais en su cima, descubris todo el cielo, y teneis el reyno de Cachemira á vuestros pies.

Bella y justa comparacion, exclamó el doctor. Cada uno tiene ciertamente en su vida una

montaña que trepar; y sin duda la tuya, virtuoso solitario, ha sido bien áspera, pues que estás mas elevado que quantos hombres traté: tal habrá sido tu infelicidad. Mas ¿por que está tan envilecida tu casta entre los indios, y tan honrada la de los bramas? Yo vengo de consultar al gefe de la pagoda de Jagrenat, que tanto discurre como su ídolo, y he visto que se hace adorar qual un Dios. Es la causa, respondió el paria, el que los bramas se tienen por descendientes de la cabeza del Dios Brama, y reputan por descendientes de sus pies á los parias, añadiendo, que viajando un dia Brama, pidió de comer á un paria, que le presentó carne humana; y por esta ridícula tradicion (11) su casta está honrada en toda la India, y la nuestra tan vilipendiada, que no podemos

vivir en las ciudades, y tiene derecho para matarnos todo nayre ó reispusta, con solo llegarnos á él. ¡Por san Jorge, exclamó el ingles, que es una cosa bien desatinada! Y ¿como han llegado los bramas á hacer creer semejante necedad á los indios? Enseñándosela desde la infancia, dixo el paria, y repitiéndosela continuamente, porque los hombres se instruyen como los papagayos. Pues ¿como lograste tú salir, le preguntó el ingles, del abismo de infamia, en que te habian sumergido desde niño los bramas? Nada hallo yo que pueda hacer desesperar tanto al hombre, como el envilecerle á sus propios ojos: esto es robarle el primero, el mas seguro, el mas dulce de todos los consuelos, la satisfaccion interior de sí mismo.

¿Será cierta, decia yo para

mí, la historia del Dios Brama? contestó el paria. Esta solo la cuentan los bramas, interesados en atribuirse un orígen celestial; habiendo inventado sin duda, que quiso un paria hacer á Brama antropófago, para vengarse de los parias, que rehusaban asentir á su pretendida santidad. Ademas, proseguia yo, supongamos cierto este hecho: Brama es justo, y no puede imputar á toda una casta el crímen de uno de sus individuos, quando ninguna parte tuvo en él. Y demos que la tuviese entónces toda la casta de los parias; ¿por que han de ser culpables todos sus descendientes? Brama no castiga en los niños los delitos de sus abuelos, á quienes ni aun conociéron, como ni tampoco castiga en los abuelos los que cometerán sus nietos, que están por nacer. Y aun quando yo

tuviese hoy parte en el castigo de un paria, pérfido para con Brama millares de años ha, sin haberla tenido en su crímen, ¿podrá subsistir alguna cosa, aborrecida de él, sin ser destruida al momento? Si yo fuese exêcrado de Brama, nada de quanto plantase, fructificaria. Y demos por último, concluia, que en efecto lo soy: ya que derrama sin embargo sobre mí sus beneficios, quiero congraciarle, haciendo bien, como él, á los que debia aborrecer.

Y ¿como te componias, para vivir, viéndote despreciado de todos? le preguntó el ingles. -- Ya que todos mis semejantes son enemigos mios, decia, debo ser yo mismo mi amigo; respondió el indio. Aunque grande, no es superior mi infelicidad á las fuerzas humanas. Acudia pues á los

bosques, y á las orillas de los arroyos en busca de algun sustento; mas siempre con el miedo de encontrar animales feroces, haciéndome conocer este continuo sobresalto, que no habia criado al hombre la naturaleza para vivir aislado, y que me era necesaria, para exîstir, la misma sociedad que me expelia ignominiosamente de su seno. Freqüentaba asímismo los campos abandonados, que tan comunes son en la India, en los que siempre hallaba algunas plantas comestibles, que habian sobrevivido á la ruina de sus cultivadores; viajando así de provincia en provincia, seguro de hallar por todas partes mi subsistencia en las ruinas de la agricultura. Y quando por acaso hallaba las semillas de algun vegetal útil, las sembraba, haciéndome el cargo, de que si no

me eran útiles á mí, lo serian á otros, consolándome algun tanto en mi infelicidad la sola idea, de que podia proporcionar algun bien á mis semejantes.

Pero mi deseo mas vivo era el ver alguna ciudad. Admiraba desde léjos sus murallas y sus torres; las numerosas barcas que surcaban sus rios, y las caravanas que cargadas de mercancías, atravesaban sus caminos por todos los puntos del horizonte; los exércitos que transitaban por las provincias, para reemplazar sus guarniciones; las lucidas comitivas de los embaxadores que llegaban de los paises extrangeros, á notificar acaecimientos felices, ó á pactar nuevas alianzas. Acercábame en quanto podia á sus caminos, contemplando con admiracion las nubes de polvo que levantaban tantos caminantes, y me atizaba mi

deseo aquel bullicio sordo de las ciudades populosas, que se parece, oido desde los campos inmediatos, al susurro de las olas que se estrellan contra las riberas del mar. En mi asombro exclamaba: una reunion de hombres de tan diferentes estados, que ponen en comun su industria, sus riquezas y placeres, hará de una ciudad la mansion de las delicias. Mas si no me es dado verla por el dia, ¿quien me impide hacerlo por la noche? En medio de tantos contrarios, como tiene un ratoncillo, corretea á su antojo favorecido de las tinieblas, pasando de la cabaña del pobre al palacio del poderoso. Y si le basta á él la luz de las estrellas, ¿por que he de necesitar yo de la del sol? Estas reflexîones hacia yo en las inmediaciones de Delhí, y alentado por ellas, entré de noche por la

puerta de Lahor. Lo primero que hallé, fué una larga calle con casas á uno y otro lado, todas con terrados, y fundadas sobre arcos, en los quales están las tiendas de los mercaderes. De trecho en trecho encontraba grandes hospederías bien cerradas, y *bazares* ó mercados, en que reynaba el mayor silencio. Internándome mas, atravesé el magnífico quartel de los omráhs, lleno de palacios y jardines situados á orillas del Gemna, en todos los quales resonaban las canciones y música de las baylarinas, que á la luz de numerosas antorchas executaban sus danzas y conciertos. Paréme á la puerta de un jardin para gozar de esta vistosa diversion; pero me desalojáron de allí al punto unos esclavos, que cuidaban de no dexar acercar á los miserables. Seguí pues adelante, pasan-

do junto á algunas pagodas de mi religion, donde un gran número de infelices se deshacian en amargas lágrimas, postrados en tierra; y apresuréme á perder de vista estos monumentos de la supersticion y del terror. Las agudas voces de los moláhs, que anunciaban desde lo alto de las torres las horas de la noche, me diéron á conocer, que habia allí cerca una mezquita. Á poco trecho hallé las factorías de los europeos con sus pavellones y guardias, que gritaban continuamente: *kaber-dar*! alerta! Despues pasé junto á un grande edificio, que conocí ser una cárcel por el ruido de las cadenas y ayes que sonaban dentro; y mas adelante hallé un vasto hospital, del qual salian carros, llenos de cadáveres. Siguiendo mi camino, encontré ladrones, que huian azorados;

patrullas de guardias, que iban en su alcance; pelotones de mendigos, que á pesar de los palos, demandaban á las puertas de los palacios las sobras de los festines; y por todas partes mugeres, que se prostituian para ganar su sustento. Por último llegué á una espaciosa plaza, ó mejor dixera campo, lleno todo de tiendas de los rajáhs ó nabábs de la guardia del gran Mogol (cuyos esquadrones se distinguian por sus estandartes, y altas cañas con colas de vacas del Thibet á la punta,) en medio del qual está el palacio imperial, circundado de un ancho foso, henchido de agua, y cubierto de artillería. Contemplaba absorto, al resplandor de las hogueras de los soldados, las torres del castillo, que llegaban hasta las nubes, y la longitud de sus murallas, que se per-

dian en el horizonte. De buena gana hubiera entrado dentro; pero me quitáron aun el deseo de poner el pie en la plaza unos grandes *koráhs* ó látigos, colgados de unas colunas; y así me quedé parado á uno de sus extremos junto á unos esclavos negros, que descansaban sentados en rededor de una hoguera. Desde allí consideraba aquel suntuoso palacio, y lleno de admiracion exclamaba: aquí habita el mas feliz de los hombres; para su obediencia predican multitud de bramas, para su esplendor y gloria llegan de todas partes ostentosos embaxadores, para sus gastos se apuran todas los provincias, para sus placeres transitan numerosas y continuas caravanas, y para su seguridad velan en silencio tantos hombres armados.

Miéntras estaba embebecido en

estas reflexîones, resonáron por toda la plaza grandes gritos de alegría; y tendiendo la vista en busca de su causa, vi pasar ocho camellos muy engalanados, que iban cargados, segun dixéron, de cabezas de rebeldes, que los generales del Mogol le enviaban de la provincia de Decan, donde le hacia guerra tres años habia uno de sus hijos, á quien diera su gobierno. Poco despues llegó á carrera tendida un correo sobre un dromedario, á anunciar la pérdida de una ciudad de la frontera, entregada al rey de Persia por traicion de uno de sus comandantes; y tras este vino otro con pliegos del gobernador de Bengala, dando parte de que los europeos, á quienes habia concedido el emperador un establecimiento para su comercio, en el desembocadero del Gánges, aca-

baban de levantar una fortaleza, y se hacian dueños de la navegacion del rio. Á breve rato vi salir de palacio un oficial, mandando un destacamento de tropas, que se dirigia de órden del Mogol al quartel de los omráhs, para prender tres de los principales, acusados de estar de inteligencia con los enemigos del estado. El dia anterior habian preso á un moláh, que hacia en sus sermones el elogio del rey de Persia, diciendo públicamente, que era infiel el emperador de las Indias, pues que en desprecio de los preceptos del Alcoran, bebia vino. Asegurábase por último, que acababan de decapitar y arrojar en el Gemna á una de sus mugeres, y dos capitanes de su guardia, convencidos de ser cómplices en la rebelion de su hijo. Miéntras meditaba en estos trágicos sucesos,

salió repentinamente de las cocinas del serrallo una enorme pirámide de llamas, cuyos torbellinos de humo se confundian con las nubes; y su dorado resplandor, iluminando las torres de la fortaleza, sus fosos, la plaza y los campanarios de las mezquitas, se extendia por todo el horizonte. Al punto tocáron á rebato con un espantoso ruido los gruesos timbales de cobre, y los *kárnas* ó grandes obues de la guardia; y derramándose por toda la ciudad esquadrones de caballería, forzaban las puertas de las casas inmediatas al palacio, y á latigazos obligaban á sus moradores á que acudiesen al incendio. Yo mismo experimenté, quan perjudicial era á los miserables la vecindad de los poderosos, que semejantes al fuego, abrasan á los mismos que le suministran el incienso, si se

acercan demasiado; pues al querer escapar de aquella confusion, encontré tomadas todas las calles de la plaza, y hubiérame sido imposible salir de ella, á no hallarme por fortuna del lado del serrallo. Los eunucos, que sacaban de este á las mugeres sobre elefantes, facilitáron mi evasion; pues al mismo tiempo que los soldados forzaban á todos por medio del látigo á acudir al socorro del palacio, los elefantes hacian retroceder á quantos cogian por delante, sacudiéndolos con sus trompas. Así ya perseguido por los unos, ya acosado por los otros, salí de aquel bullicioso cáos, y á favor de la claridad de las llamas, llegué al otro extremo del arrabal, donde léjos de los grandes y en sus barracas, descansaba tranquilo el pueblo de sus trabajos y fatigas. Entónces principié á cobrar aliento. Ya

he visto una ciudad, decia yo: ya he visto el palacio del gran Mogol. ¡Ah! y ¡en quan penosa esclavitud pasa sus dias! Él obedece, hasta en las horas del reposo, á los placeres, á la ambicion, á la supersticion y á la avaricia; teniendo que guardarse, aun miéntras duerme, de una multitud de seres miserables y malvados, de que está rodeado, ladrones, mendigos, aduladores é incendiarios, y hasta de sus soldados, sus grandes y sus sacerdotes. ¿Que será una ciudad por el dia, si de tal modo está alborotada de noche? Los males del hombre se aumentan en razon de sus goces; ¡quan digno pues no habrá de ser de compasion el emperador, que los reune todos! Él tiene que temer las guerras civiles y exteriores, y hasta los mismos objetos, que le sirven de defen-

sa y consuelo, sus generales, sus guardias, sus moláhs, sus mugeres y sus hijos. Los fosos de su fortaleza no serán bastantes á librarle de las fantasmas de la supersticion, ni sus elefantes tan bien adestrados, á desterrar de su pecho las amargas inquietudes. Nada de esto turba mi sosiego; ningun tirano manda sobre mi cuerpo, y mi alma adora á su hacedor del modo que la dicta su respetuosa gratitud: en verdad es ménos infeliz que el gran Mogol un paria. Saltáronseme las lágrimas al pronunciar estas palabras, y hincándome de rodillas, di gracias al cielo, que me habia mostrado males mucho mas insufribles que los mios, para enseñarme á llevarlos en paciencia.

Desde entónces he freqüentado solo los arrabales de Delhí. Desde ellos contemplaba, qual alum-

braban las estrellas á las habitaciones de los hombres, y se confundian con sus hogueras y sus luces, como si el cielo y la ciudad fuesen un mismo dominio; y quando iluminaba despues la luna este gracioso paisage, me entretenia en verle con distintos colores que por el dia, y sus torres, sus casas y sus árboles, plateados y cubiertos como con un velo, reflexarse allá léjos en las ondas del Gemna. Recorria á mi placer aquellos grandes quarteles, en tanto que sus moradores, rendidos de sus trabajos, yacian entregados al sueño, y me figuraba iluso, que toda la ciudad era mia. Sin embargo tan exêcrable me hacia la supersticion á los ojos de todos, que no hubiera hallado, quien por humanidad me diese un puñado de arroz. Así es que para no morir

de hambre, me veia forzado á buscar mi sustento entre los muertos; es decir, á acudir á los cementerios, donde tomaba los manjares, que deponia sobre los sepulcros la piedad de las familias. En estos lúgubres sitios me complacia en meditar, y extático exclamaba: aquí está la ciudad de la paz; aquí han desaparecido el poder y el orgullo; aquí están en seguro la inocencia y la virtud; aquí diéron fin todos los temores de la vida, y aun el de la muerte; esta es la posada, donde ha desuncido el carretero para siempre, y donde reposa el paria. Estos pensamientos me hacian menospreciables todas las cosas de la tierra, y apetecible casi la muerte. Mis ojos se fixaban despues sobre el oriente, donde descubrian á cada momento una multitud de estrellas nuevas, cu-

yo destino, bien que para mi desconocido, me parecia deber tener relaciones con el de los hombres; pues que naturaleza estableció sabias armonías entre todas sus obras. Elevábase mi alma al firmamento en pos de sus brillantes astros; y quando la rosada aurora queria asomar por el oriente, me figuraba yo estar á las puertas del cielo; pero huia, como ligera sombra, luego que doraban sus rayos las cimas de las pagodas, á reposar léjos de los hombres en algun bosque solitario, donde inclinado junto á un árbol, me dormia al son del melodioso gorgeo de las aves.

¡Hombre sensible y desventurado! prorumpió el ingles: la relacion que acabas de bacerme, ha despertado vivamente mi interes, y despertará el de toda alma compasiva. Yo te confieso que

la mayor parte de las ciudades son mejor para vistas de noche; pero al cabo la naturaleza tiene sus bellezas nocturnas, que no son ménos peregrinas que las del dia, y no ha cantado otras en sus versos un célebre poeta, compatriota mio. Mas cuéntame, te suplico, como labrabas tu felicidad por el dia.

Ya tenia adelantado mucho, dixo el paria, con ser feliz por la noche. La naturaleza se parece á una muger hermosa, que por el dia enseña solamente al pueblo las gracias de su rostro, y descubre de noche todos sus encantos á su amante. Pero si la soledad ofrece placeres, tambien tiene sus privaciones: cierto es que desde ella, como desde un seguro puerto, presencia el miserable las borrascas de las pasiones, sin que le alcancen sus

vayvenes; pero miéntras se goza en su misma seguridad, el curso veloz del tiempo le arrebata tambien y lleva por delante. No es dado á los mortales echar áncoras en el rio de la vida, que corriendo siempre con rapidez igual, arrastra de una misma manera al que lucha contra su corriente, que al que se abandona á ella; al sabio, que al ignorante; llegando ámbos al término de sus dias, el uno sin disfrutarlos, y el otro despues de haberlos malgastado. Así que no intentaba yo saber mas que la naturaleza, ni buscar mi felicidad fuera de las leyes, que ha prescrito al hombre. Pero deseaba sobre todo, tener un amigo con quien comunicar mis penas y placeres; y habiéndole buscado largo tiempo entre mis semejantes, no pude hallar mas que envidiosos. Algun

tanto me consolé con la compañía de un ser sensible, fiel, agradecido y del todo incapaz de preocupaciones, que es este perro que aquí veis, y recogí de pequeñito en una calle, movido de lástima, al verle poco ménos que espirando; pagándo mis cuidados el pobre animalito con no separarse un punto de mi lado. Sentia yo no obstante, que aun me faltaba mas; es decir, un ser de mi especie, que conociendo todos los males de la sociedad, me ayudase á soportarlos, y gozase á una conmigo de los bienes de la naturaleza, sin apetecer otros. Solo entretexiendo sus ramas, resisten al huracan dos tiernos arbolitos. Gracias á la providencia, vi colmados mis deseos con el logro de una buena muger, viniéndome la felicidad de la misma desgraciada situacion

en que estaba sumido. Entrando una noche en el cementerio de los bramas, percibí con la claridad de la luna una bramina jóven, medio cubierta con un velo amarillo; y bien que al primer aspecto de una muger de la sangre de mis tiranos me retirara atras horrorizado, compadecíme luego, al verla ocupada en ofrecer manjares y quemar incienso sobre un cerro, que segun sus evocaciones, cubria las cenizas de su madre, recien quemada viva sobre el cadáver de su esposo, segun la costumbre de su casta. Arrasáronseme los ojos de lágrimas al contemplar aquella persona mas infeliz que yo, y entónces exclamé para mí: ¡ah! yo estoy esclavizado con las cadenas de la infamia, pero tú lo estás con las del honor; y miéntras yo vivo tranquilo en lo hondo de

mi precipicio, tú pasas tus dias temblando á la orilla del tuyo. El mismo destino, que te ha privado de tu madre, te amenaza á tí un dia, pues que deberás arder viva en la hoguera del cadáver de tu esposo, si por tu mal le sobrevives. -- Arrancábala igualmente lágrimas el amor filial; y encontrándose nuestros ojos bañados en ellas, se habláron un momento la lengua de los infelices, echándose despues la bramina enteramente el velo, y marchando triste y pesarosa.

Juzgando sin duda la desventurada, que yo habria acudido al cementerio en busca de manjares, puso en la siguiente noche sobre el sepulcro de su madre, una mayor ofrenda que las regulares; pero compuesta solo de frutas, para quitarme así el rezelo de que pudiese estar envenenada, como

lo están regularmente las de los bramas, á fin de que no las coman los parias.

De tal suerte me interesó esta su tan señalada muestra de humanidad, que en vez de coger las frutas destinadas para mí, puse junto á ellas unos cogollos de adormideras, en señal de mi respeto á su ofrenda filial, y de la parte que tomaba en su dolor.

Vi con particular gozo en la siguiente noche, que habia aprobado la bramina mi homenage, pues que estaban regadas las adormideras, y colocado á alguna distancia del sepulcro un canastillo de sazonadas frutas. Alentáronme la piedad y el agradecimiento; pero no osando hablarla, como paria que yo era, determiné expresarla, como ser sensible, los afectos que en mi corazon despertaba su vista; y valiéndome para este

fin del lenguage de las flores, segun la costumbre de los indios, añadí á las adormideras ramas de pensamientos.

Unas y otras hallé regadas en la inmediata noche; y cobrando con esto mas atrevimiento, puse entre ellas una flor de peonía, en señal de un amor sumiso y desgraciado. Al amanecer del siguiente dia corrí presuroso al cementerio, donde me hallé con la triste novedad, de estar casi seca mi peonía por falta de riego. Sustituíla pues en aquella noche un tulipan, cuyas hojas encarnadas y roseta negra denotaban el fuego, en que ardia mi pecho; pero aumentóse no poco mi afliccion, quando viera al dia siguiente, que con él habia hecho lo que con la flor anterior. No obstante, aquella noche puse lleno de temor un capullo de ro-

sa con sus espinas, como símbolo de mis esperanzas, acibaradas con amargos rezelos; mas una furiosa rabia, que me privara al parecer del uso de la razon, se apoderó de mí, quando al rayar el dia, vi arrojado léjos del sepulcro mi cogollo de rosa. Despechado resolví al cabo hablarla, sin guardar miramientos; y esperándola en la inmediata noche, postréme á sus pies, luego que apareció, presentándola mi rosa sin hablar palabra. ¡Desventurado! prorumpió entónces con dolorida voz: tú me hablas de amor, y dentro de tres dias, solo seré ya un poco de ceniza. Sí; me es forzoso sufrir la suerte de mi madre, y mi juventud va á ser consumida en la hoguera de mi viejo esposo, que acaba de morir. Déxame pues, retírate, olvídame y á Dios. -- Un profundo

suspiro lanzó de su pecho al pronunciar estas palabras, y no pudiendo yo tampoco sufocar mi dolor, ¡infeliz bramina! exclamé: la naturaleza ha roto los vínculos con que estabas unida á la sociedad; rompe tú los de la supersticion, y para ello tómame por tu esposo. -- ¡Que! replicó ella llorando; ¡me libertaria yo de la muerte, para vivir sumida contigo en el oprobio! ¡Ah! si es que me amas, déxame ántes morir. -- No permita el cielo, la contesté entónces, que te proponga yo sacudir tus males, para abismarte en los mios, querida bramina: huyamos ámbos á lo mas espeso de los montes, pues que mas vale fiarse de los tigres, que de nuestros semejantes. Confío que el cielo no nos ha de desamparar: escapemos; el amor, la noche, tu infelicidad, tu inocencia,

todo, todo es en nuestro favor. No lo dilatemos un momento, viuda desventurada, pues que ya está encendiéndose la hoguera, y en ella te espera tu difunto esposo. Pobre liana derribada, yo seré tu palmera. -- Despidiendo un doloroso suspiro, volvió entónces los ojos hácia el sepulcro de su madre, y levantándolos despues al cielo, dexó caer una mano sobre la mia, cogiendo con la otra mi cogollo de rosa. Al momento la así por el brazo, y emprendimos desde allí mismo nuestra marcha, caminando solo de noche á orillas del Gánges, en cuyas aguas arrojé su velo, para que creyesen sus parientes que se habria ahogado en él; y nos ocultábamos por el dia en los arrozales, hasta que aportamos á esta comarca, que la guerra despobló tiempos pasados de los numerosos habitantes,

que cubrian su suelo. En ella hallé el espeso monte que habeis visto, en lo interior del qual levanté esta cabaña, y planté para mis necesidades un huertecito; viviendo en este retiro tranquilos y contentos mi muger y yo, sin nada echar de ménos de quanto hay en el mundo. Yo la amo tiernamente; ella me corresponde; y las mutuas alabanzas que nos tributamos, nos son mas halagüeñas, que los elogios de un pueblo entero. -- Fixaba el paria los ojos, al decir estas palabras, sobre su tierno niño, que reposaba tendido en la cuna, y volvíalos despues hácia su muger, que vertia con esta narracion lágrimas de alegría.

Enxugándose el doctor las suyas, les dixo: es verdad, que engañados los hombres en sus juicios, aprecian regularmente lo que

debieran desestimar, ó miran con desprecio, lo que debieran tener en mucho; pero en fin Dios es justo: vosotros vivis mil veces mas felices en vuestra obscuridad y retiro, que el gefe de los bramas de Jagrenat con todo su esplendor y dignidad. Esta misma le expone á él y á toda su casta á los trastornos de la fortuna: sobre los bramas pesan la mayor parte de los males que en pos de si acarrean las guerras civiles y exteriores, que tanto tiempo hace afligen vuestro hermoso pais: á ellos se recurre de ordinario para exígir contribuciones violentas, con motivo del grande imperio que exercen sobre la opinion de los pueblos: y lo que aun es mas doloroso, son ellos las primeras víctimas de su religion inhumana. Á fuerza de predicar continuamente el error, se

imbuyen ellos mismos de él, hasta el punto de perder el sentimiento de la verdad, la justicia, la humanidad y la piedad: están amarrados con la cadena de la supersticion, con que quieren aprisionar á sus compatriotas, viéndose obligados á cada instante á lavarse, purificarse y abstenerse de una multitud de diversiones inocentes: y en fin, lo que no puede decirse sin horror, ven quemar vivos á sus padres, sus madres, sus hermanos y sus hijos, por una conseqüencia de sus atroces dogmas; castigándoles de este modo la naturaleza, por haber violado sus santas leyes. Vosotros podeis ser sinceros, buenos, justos, hospitalarios y piadosos, y estais á cubierto de los vayvenes de la fortuna y de los males de la opinion, á causa de vuestra misma obscuridad.

Despidióse el paria de su huesped despues de este coloquio, deseándole un dulce sueño, y se retiró con su muger y su niño á un quartito inmediato.

Los sonoros gorgeos de los páxaros anidados en los banianos, y las voces del paria y su muger, que á coro entonaban su oracion de la mañana al supremo hacedor, despertáron al doctor al rayar del sol. Levantóse luego; y fué para el un grave sentimiento el ver, quando abriéron el paria y su muger la puerta para saludarle, que no habia otra cama que la conyugal en la cabaña, y que habian velado aquella noche, para que él descansase. Despues que se manifestáron mutuamente sus sencillos y afectuosos deseos, salió el doctor, en tanto que le preparaban el desayuno, á ver y pasearse por el huerto,

obra de las manos del paria. Todo él estaba cercado, igualmente que la cabaña, de grandes banianos, cuyas ramas entretexidas formaban un muro impenetrable, aun á la misma luz; asomando solamente por encima de sus copas las cumbres doradas de la peña, que defendia todo el valle, y de la qual nacia un cristalino arroyo, que regaba el huertecito. No habia entre sus árboles órden ni distribucion, y su misma variedad ofrecia una vista deliciosa. Hallábanse en él mangostanes, naranjos, cocoteros, mángles, duriones, jaceros, bananos (12), y otros vegetales cargados de flores y frutas, estando cubiertos de ellas hasta los mismos troncos. El betel serpeaba por el suelo al rededor de las palmeras, y los pimientos (13) crecian enredados á las cañas del azúcar, embalsa-

mando unos y otros el ayre con su grata fragrancia. Esta perspectiva era mas encantadora, por hallarse iluminadas por los rayos del sol las copas solas de los árboles, al rededor de los quales revoloteaban colibríes (14), cuyas pintadas plumas brillaban como topacios y rubíes, en tanto que los bengális (15), escondidos en la húmeda enramada, formaban con sus gorgeos harmoniosos conciertos.

Paseábase el ingles embelesado, gozándose en aquella amenidad, y muy ageno de pensamientos ambiciosos y científicos, quando llegó á convidarle el paria para tomar el desayuno. Es delicioso tu huerto, le dixo á este; pero da lástima que sea tan pequeño; y si yo fuera que tú, le agrandaria, tomando otro pedazo de la floresta. -- Y ¿para que,

señor? respondió el paria: quanto menor lugar ocupa el hombre, está tanto mas en seguro. Una sola hoja le basta al páxaro mosca (16) para hacer su nido. -- Al decir esto, entráron en la cabaña, á un rincon de la qual estaba la muger del paria, dando de mamar á su niño, despues que habia dispuesto el almuerzo. Desayunóse el doctor, y al verle el paria disponer su marcha, le rogó se detuviese aquel dia, porque los caminos estarian intransitables, y nadando en agua: á que contestó aquel, no serle posible por su numerosa comitiva. Bien conozco, dixo el paria, que tendréis gana de salir del pais de los bramas, para volver al de los cristianos, cuya religion hace vivir á todos los hombres como hermanos.

Levantóse el doctor despidien-

do un suspiro; y habiendo hecho el paria una seña á su muger, le presentó esta, con los ojos baxos y sin hablar palabra, un canastillo lleno de flores y frutas. Tomando entónces la voz por ella su marido: disimulad, señor, le dixo, nuestra pobreza; y ya que no tenemos para perfumar á nuestros huéspedes, segun la costumbre de la India, ni ámbargris (17), ni madera de alóes (18), aceptad, os suplico, este presente de flores y frutas, que os ofrece mi muger, cogidas por su mano. Entre ellas no hallaréis adormideras ni pensamientos, y sí jazmines, azucenas y bergamotas, símbolos, por lo durable de su fragrancia, del sencillo afecto que os hemos cobrado, y durará en nosotros miéntras vivamos. -- Al tomar el doctor el canastillo; yo no acierto, les contestó, como daros las debidas gra-

cias por vuestra hospitalidad, y expresaros la estimacion que de vosotros hago. Aceptad, como una corta prueba de mi gratitud, este relox de oro, obra de Greenham, el mas celebrado fabricante de Lóndres, el qual tiene cuerda para un año. -- No necesitamos nosotros, señor, de relox, le dixo el paria: tenemos uno que anda siempre sin jamas descomponerse, que es el sol. -- Mi relox da las horas, añadió el doctor. Nuestros páxaros las cantan, contestó el paria. -- Recibid al ménos estas sartas de coral, para hacer collares á vuestra muger y vuestro niño. Ni la una ni el otro, replicó el indio, carecerán de collares encarnados, en tanto que produzca nuestro jardin guisantes de angola. -- Pues vaya si no, instó el doctor, estas pistolas, para defenderos de los ladrones en es-

ta soledad. La pobreza es una muralla, respondió el paria, que nos defiende de los ladrones; y bastaria para atraerlos la plata de que están guarnecidas vuestras armas. En el nombre de Dios que nos protege, y de quien esperamos nuestra recompensa, os rogamos, no priveis de su mérito nuestra hospitalidad. -- Desearia yo sin embargo, que conservaseis para memoria alguna cosa mia, repuso el ingles. Pues que así lo quereis, contestó el indio, voy á proponeros un cambio. Dadme vuestra pipa, y tomad la mia; y de este modo me acordaré, quando fume en ella, de que se dignó un pandect europeo aceptar la hospitalidad de un pobre paria. -- Alargóle pues el doctor su pipa, que era de cuero, y la boquilla de ámbar, tomando en cambio la del paria, cuyo tubo

era de caña india, y de barro cocido el braserillo.

Llamó despues á sus gentes, que con la cruel noche que habian pasado, estaban acatarradas, y tomó la silla, despues de haber dado un apretado abrazo al paria, y despedidose de su muger, que quedó llorando á la puerta de la cabaña con su niño en los brazos, miéntras que aquel le acompañaba hasta la salida del bosque, colmándole de bendiciones. Dios os conceda, le decia, la recompensa que mereceis por vuestra bondad para con los infelices, y os lleve con bien á Inglaterra, el pais dichoso de los sabios y amigos que buscan la verdad par todo el globo, para el mejor bien estar de sus semejantes. -- Yo he corrido la mitad de la tierra, le contestó el doctor, y por todas partes hallé el

error y la discordia, estándome reservado el encontrar la felicidad y la verdad únicamente en tu cabaña. -- Separáronse con esto los dos, despues de haberse nuevamente despedido vertiendo lágrimas; y ya llevaba andado el doctor un largo espacio, quando aun vió al buen paria al pie de un árbol, haciéndole besamanos.

Luego que arribó el doctor á Calcuta, se embarcó para Chandernagor, y de allí para Inglaterra. Despues que llegó á Lóndres, entregó los noventa fardos de manuscritos al presidente de la real sociedad, el qual los depositó en el museo británico, para que allí los consultasen los sabios; y estos y los diaristas aun están ocupados hoy dia en hacer de ellos traducciones, concordancias, elogios, diatribas y críticas. El doctor se reservó para sí las

tres respuestas del paria sobre la verdad: fumaba á menudo en su pipa; y quando le preguntaban, que era lo mas útil que habia aprendido en sus viages, contestaba: ES NECESARIO BUSCAR LA VERDAD CON UN CORAZON SENCILLO; SOLO SE LA HALLA EN LA NATURALEZA; Y NO SE DEBE COMUNICAR MAS QUE Á LOS HOMBRES DE BIEN: á lo qual añadia de suyo: LA FELICIDAD SE LOGRA CON LA COMPAÑÍA DE UNA BUENA MUGER.

FIN DE LA CABAÑA INDIANA.

EL CAFÉ DE SURATE,

TRADUCIDO

AL CASTELLANO

POR DOÑA M. J. F.

Habia en Surate un café, al que concurrian por las tardes muchos extrangeros, entre los quales se presentó cierto dia un seydra persa ó doctor de la ley, que despues de haber escrito toda su vida sobre las qualidades y atributos de Dios, llegó por fin á no creer en él. ¿Quien es Dios? decia: ¿de donde viene? ¿quien le ha criado? ¿en donde está? Si fuese un cuerpo, se le veria; si un espíritu, seria inteligente y justo, y no permitiria que hubiese infelices sobre la tierra. Yo

mismo, despues de haber trabajado tanto en su servicio, seria pontífice en Ispahan, y no me hubiera visto obligado á huir de Persia, por haber querido ilustrar á los hombres. Luego no hay Dios.

De este modo el doctor trastornado por su ambicion, á fuerza de cavilar sobre la razon primera de todas las cosas, habia llegado á perder la suya, y á creer, que no era su propia inteligencia la que ya no exîstia, sino la del que gobierna el universo. Tenia por esclavo á un cafre casi desnudo, y dexándolo á la puerta del café, se fué á recostar en un sofá, y tomó una taza de *coquenar* ó de opio. Luego que esta bebida empezó á calentarle el cerebro, dirigiendo la palabra á su esclavo que estaba al sol, sentado en una piedra y

ocupado en ahuyentar las moscas que lo devoraban, le dixo: ¡miserable negro! ¿crees que hay un Dios? ¿Quien puede dudarlo? le respondió el cafre; y al decir estas palabras, sacó del andrajo de paño que le cubria la cintura, un muñeco de madera, y dixo: ved aquí el Dios que me ha protegido desde que estoy en el mundo; es hecho de una rama del árbol que adoran en mi pais. -- Todos los que estaban en el café, extrañáron tanto la respuesta del esclavo, como la pregunta de su amo.

Entónces un brama encogiéndose de hombros, dixo al negro: ¡pobre imbécil! como! ..... ¿tú traes á tu Dios en la cintura? Pues sabe, que no hay mas Dios que Brama, criador del mundo, cuyos templos están en las orillas del Gánges. Los bramas son sus únicos sacerdotes, y por su pro-

teccion particular subsisten ciento veinte mil años hace, á pesar de quantas revoluciones ha habido en la India. -- Inmediatamente tomando la palabra un corredor judío, dixo: ¿es posible que los bramas puedan creer, que Dios solo tiene templos en la India, y que no mas exîste para su casta? No hay otro Dios que el de Abrahan, ni este tiene otro pueblo que el de Israel, á quien conserva, aunque disperso por toda la tierra, hasta que le reuna en Jerusalen, para darle el imperio de las naciones, quando haya reedificado su templo, que en otros dias fué la primera maravilla del universo. Al decir esto el israelita, derramó algunas lágrimas. Queria continuar, quando un italiano con vestido talar azul, le contestó lleno de cólera: haces á Dios injusto diciendo, que únicamente quie-

re al pueblo de Israel, habiéndole desechado hace mil setecientos años, como puedes juzgar por su misma dispersion. Actualmente llama á todos los hombres á la iglesia romana, fuera de la qual no hay salvacion. -- Un ministro protestante de la mision dinamarquesa de Trinquebar respondió, perdiendo el color, al misionero católico: ¿como puedes limitar la salvacion de los hombres á tu comunion idólatra? Es menester que sepas que solamente se salvarán aquellos, que observando el evangelio, adoran á Dios en espíritu y en verdad, segun lo manda la ley de Jesus. -- Entónces un turco, oficial de la aduana de Surate que fumaba en su pipa, dixo con gravedad á los dos cristianos: señores, ¿como pueden Vms. limitar el conocimiento de Dios á solas sus iglesias? La ley

de Jesus ha sido destruida desde la venida de Mahoma, que es el paráclito prometido por el mismo Jesus, verbo de Dios. La religion de Vms. solo subsiste en algunos reynos, y la nuestra se ha levantado sobre sus ruinas en la parte mas bella de la Europa, del África, del Asia y sus islas. Hoy dia se halla sentada en el trono del Mogol, extendiéndose hasta la China, que es el pais de la ilustracion. Ya que Vms. reconocen la reprobacion de los judíos en su humillacion, reconozcan igualmente la mision del profeta en sus victorias. No se salvarán mas que los amigos de Mahoma y de Omar; porque los sectarios de Alí son tambien infieles. -- Á estas palabras el seydra que era de Persia, cuyo pueblo sigue la secta de Alí, se sonrió; mas inmediatamente em-

pezó una gran quimera en el café, causada por los muchos extrangeros que habia de diferentes religiones, entre los quales se hallaban tambien cristianos abisinios, cophtos, tártaros lamas, árabes ismaelitas, y güebros ó adoradores del fuego. Todos disputaban acerca de la naturaleza de Dios y su culto, sosteniendo cada uno, que únicamente la de su pais era la religion verdadera.

Se encontraba allí un letrado de la China, discípulo de Confucio, que viajaba para instruirse, y estaba en un rincon del café tomando té, oyéndolo todo y callando. El oficial turco de la aduana dirigiéndose á él con voz recia, le dixo: buen chino, que guardais tanto silencio; vos sabeis que infinidad de religiones han penetrado en la China. Los mercaderes de vuestro pais, que me

han necesitado por razon de mi destino, me lo han dicho; asegurándome, que la de Mahoma es la mejor. Haced pues, como ellos, justicia á la verdad: ¿que pensais de Dios y de la religion de su profeta? Entónces todos guardáron un profundo silencio en el café, y el discípulo de Confucio metiendo las manos en las anchas mangas de su bata y cruzándolas sobre el pecho, se puso á meditar, y dixo con apacible y pausada voz: Señores, permítanme Vms. que les diga, que la ambicion es la que impide siempre, que los hombres estén acordes. Si Vms. tienen la paciencia de oirme, les contaré un caso, que está todavía muy fresco en mi memoria. Quando salí de la China para venir á Surate, me embarqué en un navío ingles que habia dado la vuelta al mundo. En el camino anclamos

en la costa oriental de Sumatra, y á eso de medio dia, baxando á tierra con algunos de la tripulacion, nos sentamos á la orilla del mar, cerca de un lugarcito y baxo de unos cocos, á cuya sombra descansaban muchos hombres de diversos paises. Vino allí un ciego, que habia perdido la vista á fuerza de contemplar el sol, por haber tenido la loca ambicion de querer comprender su naturaleza, á fin de apropiarse su luz; buscando en la óptica, en la química y aun en la nigromancia, todos los medios para encerrar en una botella uno de sus rayos; y no habiendo podido conseguirlo, decia: la luz del sol no es un fluido, pues no puede ser agitada por los vientos; tampoco es un sólido, porque no se la puede separar en pedazos; ni es un fuego, porque no se apaga en el

agua; no es un espíritu, porque es visible; ni un cuerpo, porque no se le puede manejar; ménos un movimiento, pues que no agita los cuerpos mas ligeros: luego no es nada. Así de tanto contemplar el sol y raciocinar sobre su luz, habia perdido la de sus ojos, y lo que es peor, la razon; creyendo que no su vista, sino el sol habia dexado de exîstir en el universo. Llevaba por lazarillo un negro, que habiendo hecho sentar á su amo á la sombra de un coco, recogió del suelo uno de sus frutos, y con su cáscara hizo una lamparilla, una mecha con sus hilos, y sacó un poco de aceyte exprimiendo su nuez. Miéntras el negro hacia esta maniobra, le dixo el ciego suspirando: ¿con que ya no hay luz en el mundo? Hay la del sol, respondió el negro. ¿Que es el

sol? replicó el ciego. No sé, respondió el africano, sino que su nacimiento es el principio, y su ocaso el fin de mis trabajos. Su luz me interesa ménos que la de mi lamparilla, que me alumbra en mi quarto, y sin la qual no os podria servir de noche. Entónces enseñando el coco, dixo: *este es mi sol.* -- A este tiempo un hombre del lugar que andaba con muletas, se echó á reir; y creyendo que el ciego lo era de nacimiento, le dixo: sábete que el sol es un globo de fuego, que se levanta todos los dias en el mar, y se acuesta todas las noches al occidente, en las montañas de Sumatra. Esto mismo verias tú, si disfrutases como nosotros de la vista. -- Un pescador que tomó la palabra, dixo al coxo: bien se conoce que nunca has salido de tu lugar. Si tuvieses piernas, y

hubieras dado la vuelta á la isla de Sumatra, sabrias que el sol no se pone en sus montañas, sino que sale todas las mañanas del mar, al que vuelve por la noche á refrescarse; y esto es lo que veo diariamente, recorriendo las costas. -- Un habitante de la península de la India dixo entónces al pescador: ¿es posible que un hombre que tiene sentido comun, pueda creer que el sol es un globo de fuego, que sale cada dia del mar, y vuelve á entrar en él, sin apagarse? Ten entendido, que el sol es una *deuta* ó divinidad de mi pais, que recorre todos los dias el cielo en un carro, girando al rededor de la montaña de Oro de Merouwa; y quando se eclipsa, es porque lo tragan las serpientes *ragú* y *ketú*, de las que no se liberta, sino por medio de las oraciones que hacen

los indios en las orillas del Gánges. Es por cierto muy ridícula la presuncion de un habitante de Sumatra, que ha llegado á creer, que el sol únicamente resplandece para el horizonte de su isla; y solo puede caber en la cabeza de quien no ha navegado mas que en una piragua. -- Un lascar, patron de un barco comerciante que allí estaba anclado, tomó entónces la palabra y dixo: es todavía ambicion mas loca el creer, que el sol prefiere la India á todos los paises del mundo. He navegado por el mar roxo, por las costas de Arabia, Madagascar, las islas Molucas y las Filipinas, y el sol alumbra á todos aquellos paises igualmente que á la India. No gira al rededor de una montaña, sino que nace en las islas del Japon, que por este motivo se llama Jepon ó Ge-puen, esto es, na-

cimiento del sol; y se pone muy léjos al occidente, detras de las islas de Inglaterra. Y de esto estoy bien cierto, porque en mi niñez se lo oí decir á mi abuelo, que habia viajado hasta las extremidades del mar. -- Iba á extenderse mas, quando un marinero ingles de nuestra tripulacion le interrumpió diciendo: no hay pais en donde mejor se conozca el giro del sol que en Inglaterra: entended pues, que ni nace ni se pone en parte alguna. Está sin cesar dando la vuelta al mundo; y seguro estoy de ello, porque acabamos de darla nosotros, y en todas partes le hemos hallado. -- Cogiendo entónces el junquillo, que tenia en las manos uno de los que presentes estaban, trazó un círculo en la arena, procurando explicar á sus oyentes el curso del sol de un trópico á otro; y

no pudiendo conseguirlo, tomó por testigo de quanto queria decir, al piloto de su buque. Este era un hombre cuerdo, que habia oido la disputa sin hablar palabra; mas viendo que todos callaban para escucharle, les dixo: cada uno de vosotros engaña á los demas, y queda engañado al mismo tiempo. El sol no da vueltas al rededor de la tierra; la tierra sí gira al rededor del sol, presentándole sucesivamente en veinte y quatro horas, las islas del Japon, las Filipinas, las Molucas, Sumatra, el África, la Europa, Inglaterra y otros varios paises. El sol no solo luce para una montaña, una isla, un horizonte, un mar, ni aun para la tierra; sino que está en el centro del universo, desde donde ilumina, á mas de la tierra, otros cinco planetas que giran igual-

mente al rededor de él, siendo algunos de ellos mucho mayores que la tierra, y hallándose mucho mas distantes que esta del sol. Tal es entre otros saturno, de treinta mil leguas de diámetro, y de doscientos ochenta y cinco millones de leguas de distancia, sin hablar de las muchas lunas que reflexan su luz á los planetas distantes del sol. Qualquiera de vosotros tendria idea de estas verdades, si levantase de noche los ojos al cielo, y no tuviese la ambicion de creer, que el sol solo luce para su pais. -- De este modo habló con admiracion de todo su auditorio el piloto, que habia dado la vuelta al mundo y observado los cielos.

Lo mismo, añadió el discípulo de Confucio, sucede con Dios que con el sol. Cada hombre cree tenerlo para sí solo, en su

capilla ó á lo ménos en su pais. Todos los pueblos creen encerrar en sus templos, al que no puede caber en todo el universo visible. Con todo ¿hay un templo comparable á aquel, que el mismo Dios levantó para reunir á todos los hombres en una comunion? Todos los templos del mundo están construidos á imitacion del de la naturaleza. Se hallan en casi todos pilas, colunas, bóvedas, lámparas, estatuas, inscripciones, libros de la ley, sacrificios, altares y sacerdotes; pero ¿en que templo se encuentra una pila tan extensa como el mar, que no está reducido á una concha? ¿colunas tan hermosas, como los árboles de los bosques, ó los de los vergeles cargados de frutos? ¿una bóveda tan elevada como el cielo, y una lámpara tan brillante como el sol? ¿Donde se verán

estatuas tan interesantes, como los seres sensibles que se aman, se ayudan y se hablan? ¿inscripciones mas inteligibles y mas religiosas, que los mismos beneficios de la naturaleza? ¿un libro de la ley tan universal, como el amor de Dios fundado en nuestra gratitud, y el amor de nuestros semejantes establecido sobre nuestros intereses? ¿sacrificios mas tiernos, que los de nuestras alabanzas al que todo nos lo ha dado, y de nuestras pasiones á los que merecen participar de quanto tenemos? En fin ¿donde se encuentra un altar tan santo, como el corazon del hombre de bien, cuyo pontífice es el mismo Dios? Así quanto mas extienda el hombre el poder de Dios, mas se acercará á su conocimiento; y quanta mas indulgencia tenga con sus semejantes, mas imitará su

bondad. El que disfrute pues de la luz de Dios, extendida por todo el universo, no desprecie al supersticioso que solo descubre un pequeño rayo en su ídolo, ni aun al ateo que está privado enteramente de ella; temiendo que en castigo de su orgullo, le suceda lo mismo que al filósofo, que por querer apropiarse la luz del sol, quedó ciego y reducido á servirse para su guia, de la lamparilla de un negro.

De este modo habló el discípulo de Confucio, y quantos en el café disputaban sobre la excelencia de sus religiones, guardáron un profundo silencio.

FIN DEL CAFÉ DE SURATE.

NOTAS

Sin embargo de que da principio el autor al prólogo de su Cabaña, *diciendo, que esta obrilla contiene quizá mas verdades que muchas historias, como el título de* cuento, *baxo del qual se anuncia, y la rareza de los usos y costumbres que presenta, podrian hacer tal vez, que los que no están versados en la historia y viages de la India, las tomasen por ficciones; he juzgado conveniente advertirles aqui, que todas sus descripciones son verdaderas, y conformes á lo que han escrito los mas fidedignos viageros. Las que yo hago de los árboles en las si-*

guientes notas, son muy ligeras, y únicamente para dar alguna idea de ellos; como que no las han de consultar mis lectores, para hacerse botánicos.

I

Atero, *árbol alto y hermoso, de hojas muy pequeñas, que da una fruta parecida en la corteza á la piña, verde por fuera, y blanca en lo interior, de un gusto azucarado, y tan blanda, que quando está bien madura, se come con cuchara.*

Palma ó palmera, *árbol hermoso, alto y muy derecho, cuyas ramas son harto conocidas, igualmente que su fruto llamado* dátil, *el qual nace en racimos junto al arranque de aquellas. Su familia es muy numerosa, y tal vez de*

la que mayores utilidades han sacado los indios.

Coco ó cocotero, *es igualmente que el anterior, muy derecho y alto; pero sin mas ramas que diez ó doce hojas, como de pie y medio de ancho, y ocho ú diez de largo, con las quales, por lo mucho que resisten á las intemperies, cubren sus techos los indios, y hacen velas para las canoas. Su fruto está tan clara y circunstanciadamente descrito en el* Robinson *de Yriarte (Tarde IV), que es inútil hablar de él aqui, supuesto que anda este precioso libro en manos de todos.*

Mangle, *árbol muy grueso, de la altura de un gran peral, de hojas algo parecidas á las de este, pero mayores; que dos veces al año da un fruto de medio*

pie de largo, de un sabor bastante agradable, con el qual hacen los indios una ensalada, que llaman achar, *de que gustan tambien los portugueses.*

Latanero, *especie de palma de las Antillas, que crece hasta treinta pies, y da un fruto del tamaño de una pera mediana, el qual dentro de una corteza muy delgada, al modo de la de la granada, y escamosa como la piña, encierra una almendra gruesa, de que los indios hacen pan.*

Alcanfor, *es una verdadera especie de laurel, de la altura de las encinas, de hojas parecidas á las de aquel; y de su tronco y ramas gruesas se saca una goma, ó resina vegetal roxa, que purificada por la sublimacion, se vende en nuestras boticas con el*

mismo nombre, y es un excelente remedio antipútrido, antiespasmódico, anodino, &c.

Bambú *ó* Manebú, *especie de caña nudosa, muy gruesa, y alta hasta quarenta pies, de cuyos nudos ó junturas salen las hojas, y contiene un xugo blanco, de que los indios hacen azúcar de grandes virtudes medicinales. Es árbol muy comun en toda la India.*

Sándalo, *árbol del grueso y altura del nogal, que da un fruto parecido á las cerezas, insípido, primero verde, y despues negro. Su madera es muy estimada en la India para varios usos. La hay de tres especies, roxa, blanca y cetrina, y antiguamente se la atribuian grandes virtudes medicinales. Hoy solo es empleada como astringente.*

Badamero, *árbol muy hermoso y grande, de una figura piramidal, que da un fruto, el qual dentro de una cáscara bermejiza contiene un cuesco largo y duro, que encierra una almendra blanca del sabor de la avellana. De sus ramas, quando se las corta, destila, segun se presume hoy, la resina que llamamos* benjuí.

2

Hay en todos los reynos de la India compañias de baylarinas autorizadas por los principes, las quales ganan su vida únicamente con este exercicio, y aun pagan en algunas partes cierto tributo á los gobernadores. Asisten á los palacios, las pagodas y las casas particulares, donde son llamadas, y segun algunos viageros, son por lo comun de vida licenciosa. To-

das ellas son gallardas y bien dispuestas, circunstancia sin la que no se las admite.

3

La pagoda de Jagrenat *ó* Jagernat *es la mas famosa de toda la India por su magnificencia y riquezas. El edificio es tan grandioso, y sus torres de mármol tan altas, que se le avista á diez leguas de distancia, siendo en un todo conforme la descripcion, que de ella hace el autor, con lo que dicen los viageros. Todos los años se celebra una fiesta muy solemne que dura nueve dias, á que concurren de los reynos de una y otra parte del Gánges, juntándose á veces hasta doscientos mil indios; y en ella sacan en procesion en un enorme carro de quarenta ó cinqüenta ruedas, lleno de figuras*

las mas extravagantes y caprichosas, al ídolo ricamente adornado, llegando á tal punto la fatuidad de muchos de aquellos infelices, que se clavan unos á los garfios y puas de hierro que tiene el carro, y otros se meten entre las ruedas, á que les destrozen, confiados en que Jagrenat les colmará de gloria. Otra igual fiesta se hace en Arrakan al ídolo Quiay-Pora con la misma procesion. Sobre el origen de este famoso templo y figura manca de su ídolo, puede verse una carta curiosa del Padre Tachard, misionero, al R. P. Trevoux, que se halla al fin del tomo XII de las cartas edificantes.

4

El Dsandhem *ó* Pounanoul *es un cordon texido de varios hilos*

de coton, cuyo número, igualmente que el de los nudos que en él hacen, varía segun la clase y estado de los bramas. Llévanle en forma de bandolera, y nunca aparecen en público sin él, cuidando de renovarle todos los años, porque si se les rompiese de usado, no podrian comer hasta ponerse otro, lo qual no se hace sin muchas ceremonias.

5

Betel, *planta de la familia de las enredaderas, que es muy cultivada por los indios á causa del freqüente uso, que hacen de sus hojas. Continuamente las están masticando por el buen olor y hermoso color, que prestan á los labios, habiendo venido tal vez de esto la costumbre en que están, de no presentarse nunca en sus*

visitas de cumplimiento y respeto, sin llevarlas en la boca y las manos, y de ofrecerlas en señal de obsequio á las personas que se ausentan, metidas en bolsitas de seda. Dicen que sirve tambien para fortificar el estómago y las encias, y las mugeres le tienen por un excelente estimulante para el amor.

6

Liana, *planta de la misma familia, que crece muy prontamente, trepando hasta la copa de los árboles, y baxando hasta la tierra, en la qual prende, y vuelve á subir y baxar, enredándose otras veces en los que están inmediatos, y formando como una pared. Haylas qual un brazo de gruesas, y algunas contienen un xugo mas venenoso y activo para*

algunos animales que el arsénico. Se distinguen muchas especies.

7

De la fruta llamada coco *ya hemos hablado en la nota primera. Las* bananas *lo son de un árbol llamado* banano, *muy baxo, y sin mas ramas que unas hojas tan grandes, que bastan dos para cubrir todo el cuerpo de un hombre, las quales salen del mismo tronco, que propiamente no es mas que un grueso rollo de ellas. Las bananas nacen en racimos, y son del tamaño y figura de un huevo de gallina: cómense asadas y cocidas, y su sabor es bastante grato.*

8

El war *ó* árbol de los banianos, *llamado de este últim*

modo sin duda por la tradicion que refiere el autor, la qual habrá dado lugar á la suma veneracion, en que le tienen los indios, es de la altura de un gran nogal, y sus hojas parecidas á las del laurel. Sus ramas forman una graciosa vista por los arcos y cuevas que figuran, baxando hasta la tierra, prendiendo en ella, y volviendo á subir y baxar sucesivamente, engruesando tanto como el mismo tronco; de forma que basta uno solo, para ocupar en algunos años todo un campo. Otro tanto hacen las del paltúvero encarnado *ó* violeta, *y las de una de las especies del* mangle, *á que los indios llaman* guaparayva.

9

Los guisantes de angola *ó* de congo *son la fruta de un arboli-*

to del mismo nombre, de altura de ocho ó diez pies, muy derecho, pardusco, de hojas angostas, largas y puntiagudas, que en lo alto da unos ramales llenos de granillos de la figura de los guisantes, y de varios colores, los quales son buenos para comerse. Sus hojas dan un xugo que corta las hemorragias, y cocidas y aplicadas á las llagas, las curan.

10

El arrack *es una especie de aguardiente extraido del arroz por destilacion. En general los indios dan este nombre á todos los licores fuertes, añadiendo el del fruto de que está sacado.*

11

En el Zenda Vesta *de Zo-*

roastro (t. 1. part. 1. pág. 138) se da otro origen que este á la infamia de los parias. "Un principe del Indostan, dice, llamado Schoparia publicó á persuasion de sus sacerdotes un edicto muy severo, prohibiendo comer carne de vaca, y no habiendo querido obedecerle una parte de la nacion, la declaró abominable; y de estos transgresores descienden los parias.,, Pero aun hay en el Malabar otra casta en mas lastimoso estado de humillacion, que es la de los púlchis, *á quienes prohibe la ley no solo toda comunicacion, sino hasta el levantar cabañas para habitar, viéndose precisados á construir en los árboles una especie de nidos; y si por acaso, quando han baxado al suelo para recoger el sustento, sienten algun indio, se tienden boca abaxo, para que no se haga impuro mirándo-*

les. ¡Ah! ¡por que desgraciada fatalidad ha de haber sido el hombre, en todos tiempos y paises, el mas atroz enemigo del hombre!

12

Mangostan, *árbol originario de las islas Molucas, muy derecho y hermoso, que crece hasta diez y seis ó veinte pies de altura, de una copa muy graciosa é igual. Sus hojas, mas verdes que las de limon, son de un color muy brillante, y su fruto del tamaño de una naranja pequeña y de un sabor agridulce.*

Durion, *árbol grande y fuerte, de una madera muy sólida, que da un fruto del grandor de un melon, dividido en quatro ó seis celdillas, que contienen almendras de un sabor, no muy*

agradable al que las come por la vez primera.

Jacero, *árbol de una mediana altura, de un color verdiparado, y de una corteza dura y punzante, que da el fruto todo á lo largo del tronco y ramas mas gruesas; y viene á ser una bolsa, que contiene en varias celdillas gran porcion de una especie de castañas, mas gruesas y largas que los dátiles, de muy buen sabor, y de tanto olor, que dicen se percibe á cien pasos.*

13

El pimiento *ó árbol de la pimienta es un arbusto de hojas parecidas á las de la yedra, y que, como esta, necesita crecer enredado á algun árbol ó pared. Quando está florido, arroja un botón ó yema en racimos, al modo de la grosella, cuyos granos, al principio verdes, se van volviendo encarnados segun que maduran, y quando lo están del todo, los ponen á secar al sol, con lo qual se arrugan, y quedan como les vemos en Europa.*

14

Colibrí, *paxarito del nuevo continente, de un plumage muy hermoso y brillante, que habita las tierras mas cálidas de la América, y algunos de los otros paises templados. Los hay de muchos géneros.*

15

Bengali, *especie de gorrion de un plumage igualmente gracioso, que por ser muy comun en el rey-*

no de Bengala, ha tomado este nombre.

16

El páxaro mosca *es el mas pequeño de todos los páxaros, pero tambien el mas ligero, vivo y atrevido, siendo mayor el brillo de sus plumas, que el de todas las piedras preciosas.*

17

El ámbar gris *es un betun resinoso, inflamable y muy oloroso, que se encuentra en las orillas de los mares de la India.*

18

Alóes *ó* aloe, *árbol de las Indias orientales, semejante al olivo, aunque mas corpulento. Su*

madera es en extremo amarga, y da quemada un olor muy fragrante.

ADVERTENCIA

Á LOS IMPRESORES.

La traduccion de la Cabaña indiana, segun se halla corregida en esta edicion, y el Café de Surate, son propiedad de los Señores Mallén, Salvá y Compañía.